

Michel salía á relucir con gran frecuencia una frase que los amigos de Raimundo repetían á propósito de cualquier cosa, de un detalle de trajes ó de costumbres, de un uso cualquiera de nuestro país : « Eso es muy francés... ¡Cosas de Francia!... » Y la tal frase iba siempre acompañada de encogimientos de hombros y de sonrisas de desdén. De lejos y, sobre todo, en este rincón de Inglaterra en que habito hace unos meses, ese modo de despreciar á su país, de ponerle por debajo de todo para darse á sí mismo un aire de superioridad, me parece pueril y ridículo. Aquí, cuando se dice de algo que es muy inglés es para indicar que ese algo es perfecto. Sus más insignificantes costumbres, sus menores glorias son para ellos venerables y sagradas, y según la frase de uno de sus poetas, en el suelo anglosajón todo grande hombre que cae está seguro de levantarse en seguida convertido en bronce ó en mármol. ¡Qué diferencia entre nuestro irrisorio Panteón, donde á duras penas encerramos dos ó tres celebridades para olvidarlas, y esta inmensa catedral de Wesminster, en la que están enterrados, con los reyes, los más grandes poetas de la vieja Inglaterra ! Si, los ingleses son ciertamente superiores á nosotros, pero es por su respeto á sí mismos y á su nación. Aquí no se conoce la palabra guasa.

Amiga Sofia, dejo á usted, porque me llaman al taller. No piense usted mal de Raimundo, se lo ruego, y que nunca acuda á su mente el nombre de mi hermano asociado al de Mauglas. Si usted supiera... Su última carta me ha puesto en la cabeza un millar de alfileres muy punzantes, que me hieren en cuanto pienso en Raimundo.

ANTONÍN.

XI

UNA FAMILIA FRANCESA.

En la estación de Calais y en una mañana amarillenta y envuelta en una niebla que parecía haber pasado el estrecho con Tonín, nuestro obrero, recién desembarcado, estaba comprando periódicos en el puesto, menos para leer que para absorber en ellos su pensamiento hasta París, tantas eran las cosas que le atormentaban, además de su comercio, tan pesado para sus jóvenes hombros. En primer lugar el sorteo, que se aproximaba.

« ¿Quieres que juegue yo la suerte en tu lugar ? Yo siempre he tenido buena mano, » le había escrito su principal, Esprit Cornat, el antiguo miembro de la Constituyente, sólido y vigoroso á los ochenta y dos años como sus amigos Schœlcher, Julio Simón y todos los veteranos del 48. Pero Tonín no había aceptado, queriendo correr su suerte personal y tratar también de resolver sobre el terreno el problema que Sofia Castagnozoff le había planteado tan directamente. Tonín sabía ya que los editores no adelantan dinero sobre una obra de autor desconocido. ¿ De dónde salían, entonces, los fondos de que su hermano mayor disponía para sí y para los suyos?... ¿ Del asqueroso oficio de Mauglas ? No : solamente la fantástica imaginación de la rusa

podía aceptar semejantes suposiciones. Pero sin caer hasta ese grado de bajeza, ¿quién sabe si Raimundo habría recurrido á aquella mujer de un ministro, cuyos suntuosos adornos le exhibió un día en su casa? Ese día Tonín, sin dejar de admirar á su hermano mayor, se había sentido avergonzado y molestó por aquella infracción del respeto fraternal y se habían deslizado en su ánimo ciertos malos pensamientos. ¿Qué habría de verdad en el asunto? Él lo sabría por sí mismo. Lo mismo que aquella adorable *tiita*, á la que las cartas de Casta presentaban toda descompuesta y enamorada locamente de un hombre que no se podía casar con ella. ¿Quién sería ese hombre? ¿Cómo Genoveva, tan seria, tan dulce, de ojos tan cándidos y sonrisa tan maternal, se había metamorfoseado de tal modo, sobre todo después del profundo sentimiento que le inspiró su hermano en la juventud? ¿Sería cierto, entonces, que las mejores son hasta este punto cambiadizas y que no se puede responder de que un día será hermoso hasta su fin?

¡Ah! buena falta le hacían los periódicos para no impacientarse en el camino y para empolvarse el cerebro de política y de sucesos! Cuando Tonín estaba dando á la vendedora toda la moneda inglesa de cobre que le quedaba en el bolsillo, aquella mujer le indicó un grupo de viajeros en medio del cual estaba de pie y hojeando los libros del puesto el famoso novelista Hercher, cuyo viaje á Inglaterra era la comidilla de la prensa hacía quince días.

— ¿Le conoce usted? preguntó sonriendo la vendedora.

— Sí, dijo Raimundo, y se acercó al grupo, en medio del cual el hombre célebre estaba hablando con una voz

de foca, sorda y pesada, y agitando un libro sin cortar que había cogido en el puesto. Á pesar del ruido de la lluvia, cuyas ráfagas azotaban los cristales del gran cobertizo, y del estrépito de las carretillas de equipajes que rodaban por el asfalto, Antonín no perdió ni una palabra de este monólogo del escritor.

— Otro libro, decía Hercher... un libro nuevo y un nuevo autor. La cosa es sencilla, bien mirada. En Francia todo el mundo escribe ahora; no hay un solo francés que no sea autor de una comedia ó de un libro. Eso sí, nadie lee... Los viejos nos releemos á nosotros mismos, para encontrar de nuevo nuestra juventud en el fondo de un capítulo ó en el giro de una frase. Los jóvenes no abren más que sus propios libros y se extasían recitándolos, nuevos Budas hipnotizados y ensimismados. Y son buenos chicos, los tales jóvenes... Para convenirse no hay más que leer « La Voraz », una revista, que acaban de fundar, en cuyo primer número se trata de averiguar muy seriamente si en la Turquía asiática tendrían la bondad de empalarme...

En medio de la gran carcajada adulatora con que se acogió la feliz ocurrencia de « La Voraz » se abrió paso una voz débil y vacilante :

— Pero... en fin, ¿verdad? los hay que no son locos ni malos... los hay que tienen talento, entre esos jóvenes...

— ¿Talento, señor?... dijo Hercher volviéndose hacia el sombrerillo blando y el conjunto casi obrero de su interlocutor con la deferencia del hombre conocido que pertenece al público... Todos tienen talento. Estoy seguro de que este libro que tengo en la mano y que no he abierto siquiera, desborda de talento y destila genio...

¿Pero quién lo ha de saber si nadie querrá leerle?

La voz de Antonín protestó indignada... ¿Por qué no se había de leer á aquel nuevo autor? Aún se leía en Francia, pues... en fin... ¿verdad? los libros del señor Hercher se vendían por un centenar de miles de ejemplares.

El ilustre novelista replicó, riéndose y acariciando su barba gris :

— Me venden, en efecto, y tiran mis libros por más de cien mil ejemplares, pero esa tirada es ridícula al lado de los éxitos que tienen ciertos libros en Inglaterra. Á mí que me den países donde hay trescientos ó cuatrocientos mil lectores... Sí, señor; trescientas ó cuatrocientas mil personas que leen novelas y que no las escriben...

Un silbido estridente dió la señal de la partida; chocaron las portezuelas de los vagones y el grito de « Viajeros para París » resonó bajo la bóveda de cristales... Antonín, antes de separarse del puesto, miró maquinalmente el libro que Hercher arrojó al marcharse sobre el montón de novedades de florida cubierta, y apenas tuvo tiempo para ver el nombre y ahogar un grito de sorpresa y de triunfo. Montó en el vagón llevando en la mano los dos únicos ejemplares que había en la estación de Calais y aun en toda la ciudad de la novela de Raimundo Eudeline : « *Una familia francesa*, ensayo de novela verista : 4ª edición. »

¿Cómo decía, pues, el tal Hercher que no se leía á los autores jóvenes? Ahí estaba un libro que apenas puesto en venta llegaba ya á la cuarta edición. ¿Qué sería dentro de ocho días? Si Tonín, en lugar de insta-

larse en un coche de tercera hubiera tenido el aplomo de sentarse en primera enfrente del ilustre Hercher, con qué orgullo le hubiera dicho, con *Una familia francesa* en la mano:

— ¿Ve usted este libro? pues es de mi hermano mayor y respondo á usted de que se lee y se vende.

Pero en su compartimiento de tercera, sobre la dura tabla, el pobre muchacho, henchido de entusiasmo fraternal, tuvo que contentarse con tomar por confidentes á dos hueveros de blusa gris y á una vendedora de gallinas que le aplastaba y le sumergía con sus inmensas cestas. Por lo poco que se podía sacar en limpio del lenguaje abstruso y erizado de elipsis del joven escritor, al que no en balde habían bautizado sus colegas con el nombre de « el simbolista », aquel libro relataba la pasión dolorosa, el rudo calvario en cuatrocientas páginas, de un hijo demasiado bueno, sacrificado por su familia, una familia francesa, embrutecida por todas las manías y todas las imbecilidades de que ya se sabe que Francia tiene el monopolio. El muchacho, era prometido de una bonita inglesa, circunstancia muy á propósito para hacer resaltar la diferencia entre las dos nacionalidades y para que las « cosas de Francia » brotasen como *leit motiv* en cada página. El joven mártir, que por casualidad tenía los ojos de color de flor de lino y el cabello repartido en bucles de oro, como Raimundo, sucumbía de consunción y de dolor al fin del libro después de sacrificar á los suyos su amor y sus esperanzas.

— No comprendo ni una palabra, murmuró la vendedora de gallinas á quien el buen Antonín, incapaz de contener su alegría, trataba de leer una página de su

hermano, la más conmovedora y, sobre todo, la menos literaria, porque con mucha frecuencia la literatura es un vestido de gala en el que la idea se encuentra mal á su gusto, como el que está incómodo y molesto en un afectado traje de domingo...

Uno de los hueveros preguntó :

— ¿Es su hermano de usted el que ha impreso ese libro? Pues en el gran Viarmes, en mi pueblo, le costaría mucho trabajo dormir bajo techado con semejante oficio. Esas fabricaciones hacen demasiado ruido.

Al mismo tiempo un artillero que iba de francachela, con el quepis de medio lado y la levita medio desabrochada, se levantó en el compartimiento contiguo y gritó furioso con los ojos fuera de las órbitas y enseñando los puños á Antonín :

— Oye, tú, chiquito ; si tu hermano anda en manejos con Inglaterra, tan verdad como me llamo Schmidt que se le rajará de arriba abajo y á sus ingleses también...

El pobre hermano menor, un poco confuso por el mal éxito de su tentativa, pensó que jamás el pueblo, y menos el pueblo rural, llegaría á comprender las creaciones de su hermano. Habría que ver el efecto que hacía en París ; en aquella atmósfera sutil de inteligencia y de luz. Él mismo, tenía prisa por encontrarse en su cuarto de la plaza de los Vosgos á solas con la obra de su hermano, que el contacto con aquellos compañeros groseros y burdos le impedía también entender.

Aquella noche, como siempre que volvía de Inglaterra, los transeuntes de las calles parisienses le parecieron más bajos que los de allá, las casas más altas y el estrépito y la agitación de la ciudad mucho más molestos en comparación con el silencio de Londres,

dos veces más poblada y más grande, sin embargo. Tenía empeño en llegar á casa de su madre, que no le esperaba, á tiempo para cerrar el almacén, comer en familia y beber á la salud del nuevo novelista, pero el perezoso coche de alquiler, tirado por una bestia inclasificable, y los mil obstáculos de las calles, le hicieron retardarse, y dos ó tres veces se sorprendió á sí mismo diciendo á la espalda borrosa del soñoliento cochero : « ¡ Cosas de Francia ! »

Las tablas del almacén estaban puestas, excepto la de la puerta en la que la lámpara interior proyectaba un rectángulo luminoso, y cuando Antonín se presentó, su madre decía á su antiguo amigo, sentado al otro lado del escritorio, el consabido estribillo melancólico de todas sus conversaciones :

— ¡ Ah ! señor Izoard...

Á lo que el viejo respondía, todavía más lastimoso :

— ¡ Ah ! señora Eudeline...

Al entrar Antonín hubo un impulso de alegría, un aumento de luz ; pero el muchacho viajaba con frecuencia y todos estaban acostumbrados á sus partidas y á sus vueltas. Él era solamente el que saboreaba al volver el calor y el bienestar de la familia. En cuanto la madre le estrechó contra su corazón y Dina, que estaba quitando la mesa en la trastienda, saltó al cuello de su hermano preferido, todos se quedaron como si jamás hubiera partido, mientras que él hablaba y se agitaba aún en el movimiento del viaje y en las curiosidades de la ausencia.

— ¿ Y Raimundo ? ¿ Está contento ?... Al fin... ¿ verdad ? Ya está aquí su libro...

— Apareció hace dos días, dijo la madre como para

evitar el decir más. Dina se marchó hacia la trastienda, silenciosa, pero mal humorada.

— Si quieres ver uno que no está contento... dijo Izoard poniéndose bruscamente de pie... ¿Comprendes esto, pequeño? Me limpian el comedero... ¡á mí!... Sí, hijo mío, en cuanto termine la legislatura, me jubilan... Parece que hay demasiados republicanos en el palacio Borbón...

Dina llamó desde el fondo : « Ya tienes puesto el cubierto, Tonín... y añadió cuando su hermano se sentó á la mesa : ¡Si supieras lo que le sucede á este pobre hombre ! »

Inclinada hacia su hermano, la joven le hablaba en voz baja mientras le servía. Aquel mismo día, en la cuestura del Cuerpo legislativo, el buen señor había sabido su próxima jubilación. Él, tan conocido, tan apreciado de todos, á quien Marcos Javel, Gambetta y tantos otros habían prometido que nunca el Estado se privaría de sus servicios y que la República, como el Imperio, no licenciaría su guardia de veteranos... Había acabado por creerlo y la decisión inesperada de los cuestores le ha aplastado completamente. Sin hacer una reclamación ni proferir una queja fué á hacer su servicio como de costumbre, pero con las manos temblorosas y los ojos extraviados bajo las espesas cejas. Antes de acabar la sesión, se levantó y dijo al compañero que tenía al lado :

« Tengo necesidad de aire ; me vuelvo á Morangis. »

Ordinariamente no iba á la casita de campo más que á almorzar, pues el servicio de la Cámara le retenía por la noche hasta muy tarde, y Genoveva se quedaba sola con una criada antigua. Esto era, al menos, lo que creía

Izoard, así es que su estupor fué inmenso cuando al llegar á Morangis no encontró más que á la criada.

— ¿ Y la señorita ?

— La señorita no está, señor. Nunca está en casa á estas horas.

— Bueno... ya sé... ya sé...

Y sin preguntar y solamente aprobando y dejando hablar á la criada, adquirió la certidumbre de que hacía meses que Genoveva no comía ni dormía en Morangis, exceptuando algunos domingos, cuando sabía que iba á ir su padre. ¿ Dónde pasaba el tiempo ? En casa de Sofía, sin duda. Esa fué su primera idea y también la de la señora Eudeline, en cuya casa había ido á refugiarse el pobre hombre, lleno de turbación y de espanto. Hacía una hora que estaba allí, delante del escritorio, tratando de asegurarse y de reconfortarse con esa esperanza.

— Pues no es verdad, murmuró con la boca llena y los ojos mojados Antonín, á quien la emoción doblaba el apetito ; mamá lo sabe muy bien... Hace mucho tiempo que Genoveva y Sofía no se ven ni son siquiera amigas, á causa de haberse deshecho un proyecto de hospital en Calcuta. ¿ Sabes tú el porqué de ese cambio de existencia, Dina ? ¿ Será verdad lo que se dice de unas relaciones que la *titta* tiene hace algunos meses ?

Tonín se exaltaba hablando, á pesar de las señas que le hacía su hermana. Genoveva era para él un ser sagrado, sobre el que sólo Raimundo podría, acaso, tener algunos derechos. Pero el pequeño no comprendía ni permitía que otro hubiera incurrido en la audacia y en el sacrilegio de atreverse á pensar en ella. En su indignación, flor arrastrada por un torrente, se adivinaba fácilmente el amor tímido y profundo, el amor de la infancia,

qui siempre se había inclinado ante los privilegios del hermano mayor y ante su gracia esbelta y rubia. ¿ En qué estaba, pues, pensando el tal Raimundo ? ¡ Dejar á Genoveva que hiciese feliz á otro ! La literatura le había vuelto el juicio...

— Sí, sí, la literatura...

Dina cogió el ejemplar de *La familia francesa* que su hermano había dejado al entrar sobre la cama y se puso á hojearle con gesto despreciativo. De pronto dijo cerrándolo colérica :

— Yo sí que estoy contenta de que á mi amigo Claudio no se le haya ocurrido escribir ni ocuparse de todos esos bandidos amigos de Raimundó más que para bautizarlos con un ingenioso epíteto.

Antonín cogió entre sus nervudas y callosas manos de obrero la tenue y menuda de la pequeña.

— ¡ Calla ! pues es verdad, mi querida Cendrillon... ¡ Y yo que no te pedía noticias ! ¿ Dónde está ? ¿ Se encuentra mejor ?

No está bien, respondió la joven... Sigue en la *Engadine*. No le permiten hablar, ni siquiera escribir, y no sale de su cuarto, cuyas ventanas están abiertas día y noche al aire helado... Pero no importa, vivirá, estoy segura ; tengo fe en nuestros protectores.

Y señaló á una imagen dorada de Nuestra Señora de Fourvière que estaba colocada en la pared al lado de la cama en que la joven dormía con su madre y sobre un haz de rosarios y de medallas.

— ¿ Qué le pasa á la buena Señora ? tiene la cara enfadada, dijo Tonín dirigiendo hacia la imagen la luz de la lámpara.

Dina enrojeció hasta la frente, pero sabía muy bien

que su hermano no hablaba con malicia y respondió en el tono más sencillo :

— Es que ayer noche, cuando volví de la oficina, tiré el saquito sobre la cama con un movimiento de enfado tan brusco que cayeron la imagen y las medallas... Fué un milagro que no se rompió todo.

— ¿ Y por qué esa cólera ? Yo creí que eso se había acabado... en fin... que no te enfadabas ya.

— Hago todo lo posible. Pero hay momentos... Acababa de leer un libro que me había indignado.

— ¿ Un libro ? preguntó Tonín con inquietud.

El marsellés, que acababa de entrar en la trastienda, dijo muy cerca de ellos con su voz de bajo profundo :

— Tiene gracia, después de todo, esta buena Virgen ; es bastante poderosa para hacer que viva un hombre sin pulmones y no puede evitar un acceso de cólera de una jovencita cuyo único defecto es la violencia... ¿ Y si hubieras hecho pedazos tus amuletos ?

Con gran viveza, el viejo estrechó en sus brazos á Dina y dijo muy bajito, á su oído y con voz ahogada por la emoción :

— Lo que no impide que seas la mejor de las hijas ni que tú y tus escapularios sepáis más, acaso, que toda la filosofía de mi maestro Proudhon.

Hizo una seña á Tonín para que cogiese el sombrero y levantando la voz temblorosa, que trataba en vano de hacer firme, dijo :

— Señora Eudeline, el pequeño se viene á acompañarme. Tenemos que decirnos muchas cosas. Se lo enviaré á usted dentro de un rato.

Se apoyó en el brazo del joven y ambos salieron por

el patio, que estaba inundado por la tenue y fría claridad de una noche de Diciembre.

Á los primeros pasos que dieron por el muelle, en dirección al palacio Borbón, el viejo quiso saber si era cierto que Tonín seguía en buena amistad con Sofía y si estaba en correspondencia con ella como afirmaba la señora Eudeline.

Antonín respondió sin la menor turbación. Profesaba una amistad muy viva y aún más admiración hacia aquella excelente muchacha que ponía toda su ciencia y su fortuna al servicio de los niños menesterosos del mundo entero. Le era además simpática por haberse separado de la política de su país, llena de odios y de sangre, para no buscar más que el proselitismo de la caridad.

De repente, al llegar á las primeras casas del muelle de Orsay, Pedro Izoard se detuvo en la acera desierta y tiritando de frío, puesto delante de Tonín, dijo con entonación alterada:

— Dime lo que sepas, Tonín; te lo suplico. Dime todo lo que sepas de mi hija, dímelo, no temas hablar. Porque con mi aire tranquilo me estoy muriendo por no saber á qué atenerme... ¿Crees como tu madre que Genoveva se ha vuelto á dedicar á la medicina con Casta para poder encargarse de uno de sus hospitales?

— Pero... señor Izoard, no lo creo; estoy seguro...

En el temblor de aquellas dos manos agarradas fuertemente á sus brazos y que se los separaban como si el viejo quisiera leer en su pecho abierto, Antonín comprendió que debía mentir y que iba en ello la vida de aquel pobre hombre y acaso también la de su hija. Mintió, pues, y dijo que por las cartas de Sofía había

sabido, estando en Inglaterra, que Genoveva, después de muchas vacilaciones, había entrado de nuevo y definitivamente en la obra de los niños enfermos y asistía á las visitas y á las consultas del dispensario, lo que daba ocasión á que casi todas las noches, ya muy tarde, Sofía la hiciese quedarse á dormir en su casa.

— Entonces es eso... entonces es eso... murmuraba el viejo, á quien cada frase de Tonín aliviaba de un sufrimiento y del peso que le aplastaba hacía muchas horas.

Los detalles que antes no comprendía eran ahora naturales. Ya se explicaba por qué su hija le había reclamado los treinta mil francos de su dote y últimamente los cinco mil de la construcción, que Antonín le había pagado. Los treinta y cinco mil francos habían ido á parar á la obra de Sofía Castagnozoff, pues la rusa, aunque muy rica, no rehusaba nunca el dinero que se le daba para sus hospitales.

— Pero, en fin, ¿por qué no me lo habrá dicho mi hijita?

Izoard volvía siempre maquinalmente á esa pregunta, asombrado de que entre su hija y él, dos corazones tiernos y dos espíritus libres, hubieran podido existir cosas ocultas tanto tiempo. Durante muchos meses había estado creyendo que su hija dormía pacíficamente bajo las pizarras azules y los altos plátanos de Morangis, mientras ella velaba en un arrabal de París, cerca del río, en un sitio siniestro y desierto, quemándose los bonitos ojos hasta el alba sobre los libretos de medicina. Verdaderamente, le iba á costar trabajo perdonarla.

— Pero, señor Izoard, la *titta* hacía eso para no disgustar á usted...

¡ Pobre Tonín ! Entre todas las imperfecciones que debía á la naturaleza, la peor, la que le hacía sufrir más cruelmente era la bondad, aquella bondad que se manifestaba en sus ojos claros y en su gruesa boca. Muy mal psicólogo y demasiado ocupado por una existencia activa para escuchar los leves rumores de su reloj interior, no sospechaba siquiera cuánto le costaba su facultad de emocionarse por las desdichas ajenas y de vivir la vida de los demás como añadidura de la propia. En aquel momento, al verle palidecer y estremecerse y nublarse su frente al oír las palabras del viejo, se observaba en él todo un mundo de angustia y de desolación. Pues bien, sí; todo lo que iban á decirle lo había adivinado y entrevisto como á través de un velo al recorrer el libro de su hermano; pero cuánto hubiera él dado por que no le hablasen de eso, por no oír estas palabras desgarradoras:

— Sabes, sin duda que la historia que ese joven cuanta es la suya... Izoard tenía el libro en la mano bajo la ancha pantalla de la lámpara... Su historia y la nuestra. Pero mientras él se ha dado una hermosa figura de Cristo elegante, perfumado y lustroso, un Cristo martirizado por su familia, hay que ver las asquerosas cabezas con que nos ha obsequiado á todos nosotros, que somos sus verdugos. Figúrate el bullir de todos esos bichos negros sin forma y sin nombre que se encuentran al levantar las piedras húmedas del fondo de un jardín; eso somos nosotros, eso su familia. La madre puede pasar aún; no la acusa más que de idiotismo y de ternura ignorante y ciega. No la presenta sino para dar más valor á la madre inglesa que tiene diez hijos diseminados por todos los puntos del globo

y no desea que vuelvan al hogar maternal porque eso significaría que habrían fracasado sus negocios. Pero si ha tratado menos mal á su madre, el tal Raimundo se ha desquitado conmigo.

Antonín intentó una débil defensa.

— ¡ Qué ! señor Izoard, ¿ cree usted que se ha atrevido ?...

— ¿ Que si se ha atrevido ? ¿ Quién sino yo puede ser ese ridículo bordelés, médico materialista, proscripto del 52, que por odio á los Césares enseña el latín á su hija en Suetonio y muele á golpes á su mujer porque la ha sorprendido en una tarde de Mayo saliendo del mes de María ?... Si dudas del parecido, lee esta página en la que aparece Pedro Izoard de cuerpo entero.

Le puso el libro abierto sobre la mesa, y mientras Tonín leía ó aparentaba leer con ojos turbados, el viejo continuó con voz enronquecida y temblorosa:

— Es extraordinaria esta juventud, que encuentra muy sencilla la apostasía del 2 de Diciembre y afirma que nosotros, las víctimas, somos unos ridículos fantoches...

— Ya sabe usted, señor Izoard, que entre lo que se ha visto y lo que se nos cuenta hay una inmensa diferencia.

Los gruesos labios del electricista protestaban suplicantes.

— Sí, los barcos diferentes, las generaciones, conozco eso... Jóvenes y viejos viven á mil leguas de distancia los unos de los otros, convenido... Pero á mi, que adoro á mi hija, que he vivido siempre arrodillado delante de esa niña y la he profesado una adoración y un respeto como á la Virgen, por lo mismo que desde muy pequeña se quedó sin madre, acusarme de haber

hecho de mi Genoveva una materialista, en el hediondo sentido que él da á esa palabra, y pretender que le hago aprender indecencias en latín porque así halago mis manías de viejo politiquillo, es muy duro.

Por su larga barba corrían las lágrimas mientras Antonín se contenía para no llorar también. Después de un pesado silencio, el joven murmuró:

— La novela requiere esas cosas, mi querido amigo... he oído decir muchas veces á aquellos señores de la *Voraz* que la novela es una... Vamos... una... en fin, una deformación de la vida. No hay, pues, que pedirles que...

El marsellés, que seguía hojeando la novela *verista* le interrumpió.

— Pienso como tú, hijo mío;... pero el novelista, que es el historiador de los pequeños, de los que carecen de historia, no tiene tampoco derecho á la impostura ni á la maldad... Mira la página 104 de *Una familia francesa* y dime por qué Raimundo, al que nunca has hecho más que bien, te mete en la piel de cierto primo Fabricio, un tipo de bajo hipócrita que finge tartamudear para hacer pasar sus cobardías y á fin de tomarse tiempo para mentir... Lee en voz alta y tú juzgarás el efecto.

Antonín trató de repetir en alta voz algunas frases en las que se imitaba á lo vivo su tartamudez.

— No puedo,... dijo sonriendo, pero con un gran lagrimón en el rincón de su nariz abotargada, como una gota de agua de lluvia en el hueco de una peña.

Los dos hombres se miraron un momento enjugándose los ojos sin pronunciar una palabra. Al lado, en la oficina de los taquígrafos, un corrector leía con énfasis monótono el discurso de Marcos Javel, tan vacío, tan insustancial, al lado de aquella página feroz de la vida. Por

fin el marsellés guardó la novela en el cajón, que cerró con dos vueltas de llave, gruñendo bajo su blanca barba:

— ¡Rayos y truenos! si es eso lo que esa gente llama una novela *verista*, es asunto para envenenar á las personas honradas y partirlas el corazón.

Tonín hizo un gesto heroico.

— Después de todo, poco me importa que se burle de mí, con tal de que el libro se venda bien y él gane mucho dinero.

— ¿Dinero? ¿Ese libro? Ni un céntimo.

— Pero usted no ve esto, señor Izoard.

El pequeño trataba de insistir, prueba en mano. Cuatro ediciones en cuatro días era un enorme resultado.

El viejo se echó á reír. Las ediciones constaban apenas de cien ejemplares y éstos estaban todos en las librerías. Se había informado del asunto.

— Pero, entonces, ¿cómo se arregla Raimundo? ¿De dónde sale el... el... pues, que gasta en su casa y en la de mamá?...

Las palabras que la emoción no dejaba salir, sacudían al buen muchacho y le llevaban balbuceando de una silla á otra. Y en aquella crisis, ganado por las sospechas de Sofía, no pudo evitar el hablar de ellas á su amigo, el cual no manifestó sorpresa alguna. Cuando el proceso de Lupniak, la rusa no le ocultó que sospechaba que era Raimundo el que le había denunciado.

— Pero, vamos á ver, señor Izoard, ¿usted cree eso posible? ¿Con su educación, con su inteligencia, mi hermano consentiría en vivir de ese vergonzoso oficio?

— ¿Y Mauglas? dijo el anciano tranquilamente... ¿Crees que ese es un escritor, un artista... ¿Supones tú que la inteligencia preserva de todo?

Sublevado por la indignación, el pobre Antonín dió en la mesa un puñetazo que por poco echa á rodar la alta lámpara de cobre y dijo en el colmo de la cólera :

— Mauglas no es hijo de Víctor Eudeline, señor Izoard.

El marsellés, sin responder, se echó sobre los hombros el gabán y dijo :

— Hace aquí un calor sofocante; ven á dar una vuelta fuera.

En el patio Sully, cuyas galerías oscuras y desiertas aparecían recortadas por el pálido fulgor de la luna, la conversación se hizo más pacífica y más profunda.

— Ante todo, hijo mío, tu hermano es un orgulloso. Cuando tu padre, al morir, le dió solemnemente ese derecho de primogenitura y ese título de cabeza de familia con todos los privilegios que la ley le otorgaba y nosotros debimos reconocerle, no sospechó que iba á hacer crecer ese orgullo hasta el delirio. El hijo mayor ha tomado su cargo tan en serio, que no te perdona el haberlos mantenido por tanto tiempo y hubiera hecho todo lo del mundo, todo, ¿me entiendes bien? por hacer cesar aquella situación humillante. ¡Cáspita! tú no eres, sin embargo, el primer hermano menor que ha tenido un papel preponderante en una casa. Me parece que Napoleón fué un magnífico cabeza de familia y que sus numerosos hermanos, de quienes hizo reyes, no le quisieron mal por haber desempeñado toda su vida el cargo de hijo mayor de viuda, no siéndolo. Raimundo se hubiera enfadado, probablemente, en el lugar de José Bonaparte. Ahora bien, si quieres que te diga todo lo que pienso, el que ha escrito este odioso libro, dictado por su orgullo herido, es también capaz, bajo la misma influencia, de la otra maldad abominable de que se le acusa.

Una voz plañidera y ahogada respondió en la sombra del patio :

— No, no es posible, no puedo creerlo.

— Yo lo creo todo ya, por desgracia... El marsellés apretó el brazo del muchacho contra el suyo y le habló gravemente, en el aire helado.

— Creo haberte contado la historia de mi amigo Lavarande y de mi presentación en el club Barbés... Pero no importa; es ahora de gran oportunidad y te conmoverá como nunca... Tenía yo veintidós años, acababa de casarme y estaba loco por tres cosas de este mundo: mi mujer, la República y mi amigo Lavarande. Este sujeto, diez años más viejo que yo y verdadera planta parásita de arrabal, brotada entre dos adoquines de la calle del Orillón, era un republicano de 1830, romántico como su época, con sus juramentos sobre el puñal, sus asambleas secretas, sus símbolos misteriosos y sus signos ocultos. En mi casa le adorábamos por su ingeniosa y vivaz alegría. No era rico, porque trabajaba solamente en las horas de inspiración y le gustaba mucho pasearse. Recuerdo un admirable ramo de flores silvestres salpicadas de rocío, que se fué á recoger á las cinco de la madrugada en la orilla del Marne el día del santo de mi mujer. Puedes figurarte la acogida que ella hizo á aquellas flores de la amistad indigente...

Un día de Marzo del 48, Lavarande me propuso presentarme en el *Club de la Revolución*, presidido por Barbés, que se reunía en el *Palais-Royal*, en el vano de los tejados y en un vasto granero insuficientemente alumbrado en que se percibía un hormiguero de cabezas y de sombras negras que hacían gestos en las paredes. Lavarande entró allí como en su casa. Todos le conocían

y le apretaban la mano. Nos acogieron bien aunque era yo demasiado joven, pero mi amigo respondía por mí. Llegó Barbés, todo blanco y con su cara de león viejo, se instaló en su sillón y la sesión comenzó. De pronto, Esprit Cornat, uno de los asesores, se levantó y pidió que se reuniese el comité secreto para hacer una revelación importante. Se rogó á los visitantes que se retirasen, y la sala quedó vacía en sus tres cuartas partes. Quise salir, pero Lavarande me contuvo: « Quédate, esto debe ser interesante y puesto que vas á ser recibido... » Una vez cerradas las puertas, el asesor dijo con voz grave: « Ciudadanos, entre nosotros hay un traidor. Aquí están su filiación y las pruebas. Tiene el número 301 en la prefectura y se llama Lavarande... ¡Ricardo Lavarande!... » Puedes imaginar mi estupor. Barbés se levantó y dijo á su vez: « Lavarande, sabemos que es usted culpable. Pero todo acusado tiene derecho á defenderse. Defiéndase usted. » El miserable tomó una actitud impudente. « No acepto vuestra jurisdicción » exclamó tirando hacia la mesa su tarjeta de miembro del club hecha pedazos.

¡Ira de Dios! Entonces le hicimos aceptar á puntapiés aquella jurisdicción que él recusaba. ¡Pero qué emoción la mía!... Creí durante mucho tiempo que la miseria de aquel bandido era fingida y su ramo de flores campestres una comedia. Le tuve por un pillo redomado. Pues bien, no. No era más que un pobre diablo, un cobarde, un apasionado por una mujer de su barrio casada con un relojero, y que quería alhajas y trajes. El infeliz no había encontrado otro medio para procurárselos. ¡Quién sabe si tu hermano no habrá caído, como él, entre las garras de alguna perdida!...

Antonín se estremeció á estas palabras como si fueran las únicas de la historia de Izoard que hubieran llegado á sus oídos.

— ¡Una mujer! es verdad, murmuró. Puede que en todo esto haya una mujer...

— ¡Pobre amigo mío! Hete aquí como yo en Morançais, hace unas horas... Solamente que yo me decía pensando en mi Genoveva: « Acaso haya un hombre en esta aventura. ¡Un hombre!... Es atroz el llegar á dudar de las más santas, de las más queridas creencias... He amado á la República como á una madre, como á una patria, y hoy me doy cuenta de que no es más que una tienda, una sociedad de explotación mutua que acaba, además, de ponerme en la calle. ¡Oh! Yo veía venir este golpe envuelto en las falsas sonrisas, en las sordas antipatías, en las malas voluntades, parecidas á esos escollos mortales que en los más hermosos días, en los mares más tranquilos, desgarran un navío por debajo de su línea de flotación... Eso mismo me ha sucedido y heme aquí todavía en plena fuerza condenado al reposo y, lo que es más triste, con todas mis creencias quebrantadas y con todas mis ideas sobre los hombres y sobre las cosas cambiadas hasta el punto de que ya no comprendo nada ni sé lo que me sucede. Mi hija ausente, mi plaza perdida, ¿qué va á ser para mí la existencia? Las ideas de la gente joven están á mil leguas de las mías y la mayor parte de las veces no comprendo ni una palabra de lo que leo. Todo lo que miro á mi alrededor es oscuro y frío, como este patio... ¡Ah! mi querido Tonín...